



DISCURSO LEIDO EN EL ACTO DE SU NOMBRAMIENTO COMO COLEGIADO DE HONOR

Señor Ministro, señor Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, compañeros y amigos:

Me permitirán ustedes que, por lo insólito del caso, prescinda del ritual y renuncie a las habituales y poco menos que obligadas palabras de modestia con que en ocasiones como ésta el recipiario debe responder al honor que se le concede. Las sustituiré por una pregunta acerca de la personalidad a la que va dirigida esta concesión. Y me permitirán también, para no aburrirles con enojosas interrogantes, que sea yo mismo quien trate de responder de manera aproximada, y no del todo desinteresada, a la pregunta que formulo.

Me pregunto en definitiva si la Medalla de Honor del Colegio ha sido concedida al colegiado número 631 o a esa otra persona que tras el ejercicio un tanto anónimo de su profesión, para llenar sus horas libres y empujado por una vocación no demasiado acuciante —de esas que cualquier día puede quedar en suspenso—, ha desarrollado una actividad más conocida del público. O bien si la distinción se dirige a la inseparable mezcla de esos dos caracteres, ninguno de los cuales podrá llevar una vida independiente de la del otro, y que ni siquiera es capaz de respetar el horario atribuido a cada una de sus ocupaciones. Y quiero creer, porque tal hipótesis coincide plenamente con mis deseos, que esta distinción va exclusivamente dirigida al ingeniero, el colegiado número 631, y aunque sólo sea porque los posibles merecimientos alcanzados en otros campos a duras penas podrían aducirse como razones que legitimen la concesión de esta Medalla si hubieran sido conseguidos a costa del abandono de la profesión que he ejercido desde antes incluso de la creación de este Colegio y de la que sólo una por el momento no deseada jubilación me obligará a apartarme.

Pero aquí empiezan los problemas pues si eso es así, la presente concesión no deja de ser bastante objetable toda vez que mi ejecutoría como ingeniero, a lo largo de 33 años de ejercicio profesional, no ha acertado a salir del marco del anonimato y la obediencia a las normas propios de quienes voluntariamente se suman a un trabajo colectivo. Ni siquiera es preciso volver la vista hacia los compañeros que me han precedido en este honor para reconocer que en nuestra profesión, y me atrevo a decir que como en cualquier otra, el renombre está reservado casi de manera exclusiva a aquellos hombres que la ejercen gracias a un esfuerzo individual, sea en un centro de investigación, en un gabinete de proyectos o, incluso, en un despacho oficial; en tanto aquellos otros que han optado por ejercer su oficio en el campo de la construcción —donde desde la Antigüedad el actor es una colectividad en la que la persona ocupa un puesto no intercambiable para obtener un resultado que nadie se puede atribuir— deberán conformarse con las satisfacciones que ofrece el mer-

cado. A los primeros —a los que proyectan obras originales o descubren nuevas técnicas o desde el poder inician grandes planes o promueven iniciativas— les puede caber el honor de ver asociado su nombre propio a una fábrica menos perecedera que su carne, que lo preservará durante futuras generaciones y tal vez lo eleve —como al del faraón— hasta el vértice donde convergen los esfuerzos de la sociedad en busca de su progreso y de sus aspiraciones. El nombre de los segundos, voluntariamente inscritos en la extensa nómina de los encargados en transformar en piedra, hormigón o metal lo que los primeros perfilaron sobre el papel, no debe ocupar más espacio que el de una tarjeta, con el nombre de su departamento debajo, asociado a unas siglas que si aparecen en público será para pedir disculpas por las molestias causadas por la obra.

Quando considero las posibles razones que han apoyado la distinción de que me hace objeto el Colegio de Ingenieros de Caminos, deduzco que pueden resumirse en la única virtud que he demostrado a lo largo de estos 33 años: la perseverancia. La perseverancia en el error, cabría añadir, ya que del buen número de características personales que se reputan convenientes para ejercer la profesión en el campo de la construcción yo no tengo ninguna en mi catálogo. Ni siquiera a lo largo de estos 33 años he madrugado, un requisito que el ramo de la construcción comparte con los cuarteles y los conventos donde de una manera más explícita pero menos consecuente, a lo que me han dicho, también se profesan los votos de obediencia y pobreza. Así pues y gracias a esa un tanto ciega perseverancia me veo en 1987 haciendo lo mismo que en 1954: unos cuantos agujeros en el monte, unas cuantas excavaciones en las laderas que posteriormente serán rellenadas con el hormigón más económico de entre los admitidos por el Pliego. Por consiguiente bien se puede admitir que no he progresado mucho: ni en la escala jerárquica, ni en la consideración, ni siquiera como sujeto susceptible de ser tentado por el agente de Cambio y Bolsa. Y en cuanto a mi propia pericia técnica me pregunto si no habré retrocedido, pues todo parece indicar que hace años sabía aderezar el cumplimiento de mis obligaciones con algo más de fantasía. He aquí, pues, la primera paradoja: en tanto que el hombre que se encarga de ellas apenas progresa, las obras cada día se hacen mejor. Semejante aporía puede quedar resuelta con una de estas hipótesis bien sencillas: o bien el ingeniero que salía de la Escuela hacía mediados de siglo era un producto perfecto y completo y que por tanto no admitía progreso alguno ni en su formación ni en su devenir o bien el ingeniero de finales de siglo, 33 años después y desde un prestigio bien ganado y no entredicho, cuando dirige unas obras se está engañando a sí mismo al atribuir a su presencia, a sus conocimientos y a sus métodos lo que es fruto del esfuerzo de otros más jóvenes y mejor dispuestos para el progreso. Para ser por una vez sincero reconoceré



que la segunda hipótesis me parece más verosímil que la primera y me abruma pensar que un determinado progreso, aquél que se traduce en el perfeccionamiento y la estilización de su técnica, conduce al ingeniero a una asociación cada día más estrecha con su especialidad, a su esclavización cabe decir, a la pérdida de su libertad profesional y la incapacidad para elegir otra rama cualquiera en la que ensayar un talento inédito.

Pero con ser inverosímil, la primera hipótesis tiene la ventaja de que ofrece a quien la suscribe una visión paradisiaca de la existencia; o mejor aún una visión del ingeniero en cuanto alma bienaventurada —esto es, que no admite mayor perfeccionamiento— que por un error de la agencia de viajes celestial en lugar de haber sido despachado directamente hacia los Campos Elíseos le ha tocado permanecer en tierra y perder unas horas preciosas en un mundo imperfecto; y que para distraerse durante esa incómoda e inesperada estancia se dedica a hacer lo único que le han enseñado a hacer: corregir los numerosos errores de la naturaleza, enseñarle a comportarse de una manera civilizada y, si a mano viene, martirizarla un poco para que nunca olvide quién es su verdadero amo.

A lo largo de este tercio de siglo me he preguntado si existen, fuera de las que ofrece el mercado, satisfacciones profesionales para el ingeniero dedicado a la construcción. Para nuestros abuelos la construcción era una actividad menor, de carácter ancestral, con la que el ingeniero tan sólo podía arruinarse o enriquecerse, dos extremos igualmente atractivos y llenos de posibilidades para rellenar los ocios con aficiones extravagantes. Pero para nuestra generación tales opciones quedaron poco menos que canceladas con la emergencia de las grandes compañías constructoras que a cambio de ofrecer al ingeniero una subsistencia bastante digna, resuelven por el procedimiento de sublimación los grandes problemas del ramo: mediante su traslado a los Bancos o al Estado, dos entidades que se distinguen por el carácter desapasionado de sus directivos y dirigentes. Si, y aunque sólo sea por obediencia al modelo superior, la sociedad exige al ingeniero que tenga un carácter desapasionado —y sobre todo al que se gana la vida en el ramo de la construcción, pues al que calcula, proyecta o concibe se le pueden permitir buen número de excesos— y que sepa reducir sus efusiones al muy estrecho marco de la vida privada, me pregunto de nuevo dónde puede hallar aquellas derivaciones hacia el entusiasmo que la profesión no acierta a ofrecerle. Tal vez en la feliz culpa, aquel sentimiento tan esotérico de los pensadores y poetas posteriores al milenio. El ingeniero de antaño, aclamado y venerado por la

sociedad como portador de la luz, del agua corriente, del ferrocarril y del progreso, ha venido a ser sustituido por un hombre que por fortuna no es demasiado bien visto, agente a sueldo de poderes implacables y no demasiado claros que no vacilan en vulnerar los intereses generales para imponer los particulares. En esa discordia el ingeniero se encontrará entre la espada y la pared: a sueldo de los poderes despóticos por la mañana, como consumidor privado por la tarde y sin otra perspectiva de entusiasmo que las escabrosas y populacheras compensaciones que siempre aciertan a encontrar las víctimas. Porque todos los que triunfan, incluso los que aciertan a hacerlo en el ramo de la construcción, son censurables.

No puedo concluir mis palabras, señor Ministro, sin dedicarlas a algunos compañeros nuestros que por el mero hecho de cumplir con su obligación se encuentran hoy sentados en el banquillo de los acusados para responder a una demanda que, ni siquiera en el supuesto de que sus vidas tuvieran un precio, nunca podrán abonar. Ante su caso todo aquel con un mínimo sentido de responsabilidad tendrá que decir para sus adentros: «Me podía haber tocado a mí». Dejando de lado su mayor o menor acierto para actuar en unas horas críticas, y sin el menor deseo de prejuzgar unas conductas cuya sanción está en la conciencia designada para el caso, me parece evidente que su posible culpa está implícita en la aceptación de su función, como encargado de celar unos poderes que sólo la exigencia de la sociedad obliga a considerar gobernables. Al Júcar no se le puede castigar como castigó el rey Darío a Ponto, azotándolo con cadenas por haber desbaratado con una de sus tormentas el paso de su ejército, y por tanto una justicia necesitada siempre de un culpable lo buscará entre los encargados de gobernar al veleidoso y exterminador río. Si hubieran actuado de otra manera también habrían hecho daño, y quizá mayor, porque si el Júcar quiere hacer daño lo hará, saltando por encima de todos los cálculos y estadísticas. Me preguntaba por las satisfacciones que puede encontrar en su profesión el ingeniero de hoy y encontraba en la feliz culpa una posible respuesta. En una sociedad regida por el Estado, los Bancos, las multinacionales, el consumidor y la protesta social, el ingeniero sólo aparece como protagonista en las horas de tragedia y su mejor ejecutoria consiste en conseguir día tras día que la tragedia sea un hecho excepcional, tan excepcional como para que se produzca unas pocas veces al año, como para que el nombre del presunto causante permanezca aureolado por el anonimato de los que consiguen la diaria normalidad. En nombre de esa anónima corporación, muchas gracias a todos. ■